

# PERSUADIR Y CONVENCER

ACERCA DE LA IMPORTANCIA DE LA RETÓRICA EN  
EL PROGRESO DEL CONOCIMIENTO

Por: **Julián Cubillos**

Filósofo y máster en Filosofía, Universidad Nacional de Colombia;  
profesor catedrático de Humanidades, Universidades del Rosario y  
Jorge Tadeo Lozano; columnista Online, revista *Semana.com*.  
*Ganador del Concurso de Ensayo UR2011 en la categoría 3: Profesionales.*

**Ilustraciones digitales: Camilo Jiménez Valbuena**

## INTRODUCCIÓN

**I**nquirir la naturaleza, las cualidades y las relaciones de las cosas es aquello a lo que con frecuencia denominamos “conocimiento”. Es un proceso que incluye aprender, saber, formarse una idea de algo y, en consecuencia, entender por todos los medios posibles. Por esta razón, la cognición no se limita al campo del lenguaje o al pensamiento verbal, sino que también está al servicio de la imaginación, la sensación, la percepción, la emoción y la moral. De aquí que la ciencia no sea el único camino que conduzca al progreso del conocimiento: la reflexión filosófica, política, económica y social, la práctica, la percepción y las diferentes artes y moralidades también constituyen medios legítimos para conocer y formarse una idea del mundo circundante.

El progreso del conocimiento, como bien lo señala Catherine Z. Elgin (2002), no siempre es una cuestión de aprender algo nuevo en cuanto a datos o información, pues el universo de información con el que contamos es ya bastante grande. Ella afirma, con mucha razón, que mejor haríamos reflexionando en torno a la utilidad de la información que ya tenemos; por ejemplo, si ignoramos que el número atómico del oxígeno es el 8 o que el presidente de Irán se llama Mahmud Ahmadineyad, es cierto que aprenderemos algo nuevo cuando lo averigüemos; ahora sabremos más sobre el oxígeno y sobre Irán de lo que sabíamos antes, pero también deberíamos reconocer que no es que sepamos mucho más. Lo más probable es que olvidemos estos datos a la mayor brevedad posible, puesto que la información que no recibimos de una manera contextual no está sujeta a nuestra interpretación y por esto es desechada, dado su carácter vacuo.



El conocimiento es, pues, de índole activa y no pasiva, en tanto consiste sobre todo en el acto de interpretar. Es justamente debido a este carácter activo de la interpretación que preguntas como ¿qué es digno de atención? o ¿qué debe ser pasado por alto, marginado o ignorado? adquieren relevancia. Pese a ello, insiste Elgin, estas preguntas ni siquiera se plantean, puesto que sus respuestas se dan por sobreentendidas porque, casi de manera automática, recurrimos a criterios tradicionales para describir o representar las diferentes situaciones en las que nos vemos inmersos, juzgando así mediante categorías heredadas. Rara vez atendemos al hecho de que notar algunas cosas implica descuidar otras; lo cual puede ser apropiado en algunas ocasiones, pero en otras, esta aplicación cotidiana de categorías heredadas no sirve a nuestros fines, ya que para propó-

sitos relevantes desde un punto de vista cognitivo resultan planas e improductivas. De aquí la vital importancia de una constante “reestructuración” de los criterios que utilicemos para determinar qué cosas son relevantes y cuál es la mejor manera de interpretarlas. Reestructurar, en este sentido, puede verse como un proceso de aplicación de criterios pragmáticos y contextuales dirigidos a desarrollar miradas diferentes hacia los objetos —léase conceptos, corpus teóricos o situaciones, entre otros— con el ánimo de aprovecharlos cada vez más y bajo el único precepto de que estos son siempre cambiantes, de acuerdo con el contexto particular en que se encuentren.

La idea que expongo es la de poner en práctica este criterio general de la “reestructuración”, aplicándolo a un concepto que se encuentra en el



seno mismo del acto de interpretar. Me refiero al concepto ya tradicional y heredado de la “argumentación”. Así, de las muchas maneras en que puede concebirse una reestructuración, la que tengo en mente es una que, en términos generales, podríamos llamar “ampliación”. Esto porque mi propósito es incorporar algunos elementos adicionales no aceptados por la tradición en el concepto mismo de la “argumentación”. Espero justificar esta breve reflexión sobre el progreso cognoscitivo como un preámbulo para hablar del tema de la argumentación, de la necesidad de su reinterpretación y de la importancia que adquiere la distinción entre persuadir y convencer.

En mi opinión, llevar a cabo este tipo de reestructuración requiere de tres pasos muy sencillos: el primero es exponer el concepto tradicional que

tenemos de la argumentación. En segundo lugar, señalar las razones por las cuales este concepto no resulta del todo apropiado. El tercer paso consiste en sugerir una manera más apropiada de entender el concepto, de cara a consideraciones de tipo pragmático.

## I. PERSUADIR Y CONVENCER

Ya Platón en muchos de sus *Diálogos* desdeñaba de los sofistas y de los maestros de retórica por las artimañas que usaban en sus argumentos para halagar y no para buscar la “verdad”. Justo ahí nacía la distinción entre persuadir y convencer, pues lo primero —relacionado con el trabajo de los sofistas— se ha asociado desde entonces con la idea de manipular a un auditorio mediante la conmoción





de sus emociones o sentimientos. En contraste, siguiendo por la misma línea platónico-socrática, la demostración de verdades claras e indiscutibles mediante procesos lógicos rigurosos y encaminada a la adhesión o convencimiento de la razón, es a lo que en sentido estricto hemos designado como argumentar. La retórica se convirtió así en el arte de persuadir, de “hablar bonito”, mientras la lógica se proclamó como el arte de convencer, de “argumentar”.

Sin embargo, fue Aristóteles quien hizo explícita esta distinción al ocuparse en su pensamiento más temprano de la naturaleza del razonamiento. En los *Tópicos*, Aristóteles definía el razonamiento como “un argumento en el cual habiendo sido concedidas ciertas cosas, algunas otras distintas de estas se siguen necesariamente” (*Tópicos*, 100 a, p. 25-27). Los razonamientos, puestos así, tenían para el estagirita la estructura de un silogismo —y de aquí que ahora se tienda a identificar ambos términos—; esto es, una estructura en la cual inferimos una conclusión de la conexión de un par de premisas. Pero no todas las formas de razonamiento son iguales y es la distinción entre ellas la que nos permite volver sobre la distinción platónica. Entre estas formas Aristóteles distinguió dos tipos de razonamiento: los demostrativos y los dialécticos. En términos generales, un razonamiento es una “demostración” o “silogismo científico”, si es por completo conocimiento y no opinión; esto es, cuando las premisas de las que parte son verdaderas y primarias —es decir, inmediatas e indemostrables, puesto que si fueran demostrables deberían ser demostradas y, en consecuencia, no podrían ser primeros principios—. En contraste, un razonamiento es “dialéctico” o “silogismo dialéctico” si se funda en la opinión, es decir, cuando parte de premisas que tan solo son probables u opiniones que son aceptadas de una manera general —en este caso se trata de opiniones que se imponen a todos los hombres, a la mayor parte de ellos o solo a los sabios—.

Partiendo de esta distinción, cabe anotar que en los *Tópicos* Aristóteles se proponía “encontrar un método por el cual fuéramos capaces de argüir acerca de cualquier problema propuesto, partiendo de premisas probables y no contradicirnos en el curso de la discusión” (*Ibid.*, 100 a, p. 18); dicho de otra forma, un método que nos permitiera sostener con éxito una de las partes de toda discusión dialéctica, bien fuera la del que “interroga” (el principal interlocutor en la discusión, que plantea cuestiones a su oponente y discute las respuestas que recibe) o bien fuera la del “interrogado”. De acuerdo con esto, tanto la dialéctica como la demostración parecían tener para el estagirita un valor no menos importante en la empresa del progreso del conocimiento. No obstante, fue el mismo Aristóteles quien en su pensamiento posterior (cf. *Órganon*) sentó las bases para que la posteridad diera poca o ninguna cabida a la dialéctica en la constitución de la ciencia. Esto en razón de que, en sus escritos posteriores a los *Tópicos*, Aristóteles exaltó el ideal demostrativo como encarnación exclusiva del conocimiento científico (argumentación deductiva) y la dialéctica quedó relegada a la argumentación que discurre en el ámbito de la mera opinión (argumentación inductiva). Fue también por esto que Aristóteles concibió la retórica como una rama de la dialéctica porque si la retórica era “la facultad de ver todas las maneras posibles de persuadir a las gentes en cualquier asunto” (*Retórica I*, 1. 1355 b, p. 26), podía usar argumentos que no suponían el conocimiento de ninguna ciencia particular, pero que podían ser empleados y seguidos por todo hombre inteligente.

## II. LA DIFÍCIL TAREA DE SER AMBIDIESTRO

Está clara la contraposición entre demostración y dialéctica, en donde la primera es exaltada y la segunda marginada, es lo que constituye lo que podríamos denominar la “interpretación orto-

doxa” de la lógica aristotélica y es esta nuestra interpretación heredada y prevaleciente en el ámbito de la argumentación. Sin embargo, en las últimas décadas una larga serie de intérpretes interesados en rescatar a la dialéctica aristotélica de dicha marginalidad se ha venido oponiendo a esta interpretación. Ha sido así como diversos autores se han pronunciado en áreas específicas de la teoría de la argumentación, la lógica y la epistemología, en contra del planteamiento de una relación de oposición-exclusión y en defensa de una relación de complementariedad entre ciencia y dialéctica. Es el caso de los desarrollos sistemáticos de filósofos tales como Chaïm Perelman (la “nueva retórica”), Stephen Toulmin (la “lógica informal”) o de Jaakko Hintikka (la “lógica interrogativa”), entre otros.

Pienso que las dos primeras han sido bastante difundidas en el ámbito de la argumentación y que no ha sucedido así con la propuesta de Hintikka. Por esta razón permítaseme hacer una breve descripción de esta propuesta, ya que con ella pretendo defender que sí es posible articular una propuesta integradora de la relación entre dialéctica y ciencia, esto es, que en el ámbito de la argumentación es posible ser ambidiestro.

Cabe anotar que una aproximación conciliatoria entre la relación de la dialéctica y la ciencia podría plantearse apuntando a que estas constituyen dos etapas cronológicas y separables en el desarrollo del conocimiento. En este sentido, la dialéctica precedería y prepararía el camino a la ciencia. Sin embargo, aun en este caso seguirían siendo externas la una con respecto a la otra. En contraste, la propuesta de Hintikka, se dirige a descubrir una relación de inclusión o interpenetración entre dialéctica y ciencia. De esta manera, en el sentido estricto de deducción demostrativa, su idea es que la ciencia aristotélica es concebible como inmersa en un proceso argumentativo que puede interpretarse de tal manera que incluya componentes dialécticos y demostrativos relacionados de una manera estrecha. Más aún, bajo

esta postura podría defenderse que dicho proceso es, en general, dialéctico.

A esta propuesta Hintikka la denomina “lógica interrogativa”, en tanto se basa en la teoría de procedimientos interrogativos aplicados a la búsqueda de la verdad (theory of truth-seeking interrogative procedures) y que es, en su opinión, uno de los principales aportes de Aristóteles en los *Tópicos*<sup>1</sup>. Según Hintikka, de manera similar a como lo hacía Sócrates esta lógica puede ser vista como un juego, ya que “Aristóteles estaba en su metodología temprana tratando de interpretar el método científico como un juego interrogativo entre dos personas” (Hintikka, 2004). En otras palabras, bajo esta interpretación Aristóteles desarrollaría su primera teoría del método científico como una versión del método dialéctico de cuestionar.

En consecuencia, para Hintikka hay dos maneras en las que debe ser concebida la deducción demostrativa: por un lado, inmersa en un *continuum* argumentativo, que puede ser considerado de manera global como un juego interrogativo entre dos personas y en el que todos los pasos son contemplados como pregunta y respuesta. O bien, por otro lado, como un juego que incluye pasos interrogativos, de pregunta y respuesta, no deductivos y con pasos deductivos. En cualquiera de los dos casos la ciencia no puede separarse de un componente interrogativo, el cual es esencialmente dialéctico.

Por supuesto que esta interpretación de Aristóteles es muy controvertible, máxime cuando el mismo Aristóteles distingue de manera tajante entre ciencia y dialéctica en la etapa posterior de su pensamiento; incluso en esta etapa, tal y como se presenta en los *Analíticos Segundos*, el contexto interrogativo no parece cumplir ningún papel importante para la ciencia.

<sup>1</sup> Véase Hintikka, J. (2004), “Socratic Questioning, Logic and Rethoric”, en *Analyses of Aristotle*, Boston, Kluwer Academic Publishers, p. 223.

No obstante, al margen de consideraciones de alto nivel exegético para intentar elucidar lo que quiso o no decir Aristóteles, mi idea aquí es modesta y práctica. Desde un punto de vista pragmático, pienso que lo dicho sirve para sugerir que una reinterpretación y una subsiguiente reestructuración del concepto de “argumentación” no es del todo una empresa sin futuro. Bajo esta perspectiva, podríamos dirigir nuestra mirada al constante diálogo interrogativo con el que comenzamos a entender nuestro mundo circundante. Desde muy niños interpelamos de manera continua tanto a las personas como a las cosas que nos rodean para hacernos una idea cada vez más rica de ellas. En este proceso entablamos un constante diálogo con nosotros mismos, en el cual nos damos argumentos y contraargumentos con el fin de acoger, desechar o matizar cursos de acción, creencias, deseos e incluso sentimientos. En este estado de cosas, la ciencia no es un conjunto de verdades que nos haya sido revelado por una instancia superior, sino que constituye un corpus de conocimiento siempre cambiante. El progreso del conocimiento es, pues, dialéctico en el sentido más amplio que hemos visto del término; se trata de un progreso que comienza por nosotros mismos —en un proceso de constante autopersuasión— que se dirige hacia otras personas, hacia el mundo en general y que regresa a nosotros mismos con una perspectiva siempre diferente

## CONCLUSIÓN

Comencé llamando la atención sobre la diversidad de ámbitos que contribuyen en el progreso del conocimiento y sobre el papel fundamental del acto de interpretar. Este proceso interpretativo requiere de una constante reestructuración de los criterios tradicionales que utilizamos para determinar qué cosas son relevantes y cuál es la mejor manera de acceder a ellas. Esto en razón de que los objetos —léase conceptos, corpus teóricos o situaciones, entre otros— no son inmutables, sino

que están siempre en continuo cambio de acuerdo con el contexto particular en que se encuentren. De aquí que, sin pretender decir la última palabra, mi propósito haya sido el de aplicar este criterio pragmático y contextual de la “reestructuración” al concepto heredado de “argumentación”.

Bajo dicho criterio espero haber mostrado que la lógica formal demostrativa o, mejor aún, el concepto tradicional de “argumentación” —heredado del pensamiento aristotélico y de la subsiguiente interpretación ortodoxa de este pensamiento— es insuficiente para dar cuenta del amplio ámbito que constituye la argumentación. El objetivo básico de una demostración es convencer de la verdad de una inferencia, pero las verdades de las que parte una demostración para lograr este objetivo no son verdades reveladas, sino que se construyen de una manera dialógica con el mundo, con los demás y con nosotros mismos; esto es, de una manera dialéctica y retórica. Bajo el enfoque heredado, los medios para alcanzar este propósito serían elementos de un conjunto de herramientas lógico-formales que nos permita acoger el camino seguro de la ciencia. En contraste, la postura dialéctica, retórica o dialógica concibe que la argumentación

es más una tarea continua de reinterpretar vocabularios viejos, junto con sus respectivos problemas, para traducirlos a vocabularios nuevos —se trata así de un incesante diálogo con el mundo para examinar el pasado de cara al presente y a un futuro deseable—.

Sin embargo, sí es posible ser ambidiestro. El diálogo, nuestra naturaleza inquisitiva con la que nos vemos con el mundo, es el proceso que da lugar a la ciencia misma. Esto es lo que hacemos a diario en nuestro progreso cognoscitivo: dialogar entre estudiantes, entre profesores y estudiantes, entre amigos, con nuestros seres queridos, con los libros, con el mundo y con nosotros mismos. El convencimiento es, entonces, tan solo una pequeña parcela en el amplio mundo de la persuasión. ☺

## REFERENCIAS

- Elgin, Z., C. (2002), “Creation as Reconfiguration: Art in the Advancement of Science”, en *International Studies in the Philosophy of Science*, Vol. 16, No. 1, p. 13.
- Hintikka, J. (2004), “Socratic Questioning, Logic and Rethoric”, en *Analyses of Aristotle*, Boston, Kluwer Academic Publishers.

Ahora puede disfrutar de nuestros contenidos en internet:

Revista del Rosario  
Colegio Mayor de Nariño

Revista del Rosario  
Colegio Mayor de Nariño

Revista del Rosario  
Colegio Mayor de Nariño

<http://revistas.rosario.edu.co/index.php/UR>  
Visitenos también Facebook: Revista del Rosario

www @